

tacto, el olfato, la vista, el oído, el gusto. Las frutas parecen ejercerla sobre todos, incluso sobre el oído, ya que merced a una sinestesia, un nombre, una voz, pueden adquirir calidad frutal, pueden provocar una sensación gustativa.

He aquí, ahora, como para respaldar todo lo dicho, este pasaje de *Nuestro Padre San Daniel* en el que Miró, por boca del sensual don Magín, hace un elogio de las frutas:

Las tapiss con árboles y los árboles con el primer fruto, daban una tentación irresistible a los ojos, a las manos y a la boca. El olor del ramaje retoñado, el sabor de esa carne frutal, cruda y fresca, y el tacto de su piel lisa o velludita, dejaban una delicia inmediata de árbol, una sensación de paisaje. ¡La fruta verde! Sólo de pronunciarlo, nada más diciéndolo, se le ponía en la lengua el gusto y el olor y la claridad de todo un Paraíso con primeros padres infantiles (PÁG. 737).

El valor que, para Miró, tiene lo frutal se percibe también en el gusto por ciertos contrastes, como el de la limpia frescura de un limón o una naranja frente a la tristeza de una piel humana llagada y herida. En *El obispo leproso* se lee:

Subió el obispo sus manos para perfumárselas en las hojas tiernas del limón; y las vió llagadas y no quiso tocar la hermosura del árbol (PÁG. 928).

Y en las *Figuras de la Pasión del Señor*, un legionario romano muerde una naranja goteando

de dulce oro la úlcera de un niño (Pág. 1100).

Parece como si, con tales contrastes, Miró quisiera realzar la delicia suprema de lo frutal.

En ese complejo y bellísimo mundo de la sensualidad mironiana, la fruta es como la llave mágica que abre todas las puertas, ya que ante ella tanto puede pensarse en la carne femenina, como en todo un paisaje del que parece ser apretada y jugosa síntesis, como en un delicioso e infantil paraíso. En cierto modo, si las voces humanas, los ojos de los animales, la

